

11-30-2012

## Al final de la calle: Lima, Ciudad de M

Carmen Tisnado  
*Franklin & Marshall College*

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>

---

### Recommended Citation

Tisnado, Carmen (2010) "Al final de la calle: Lima, Ciudad de M," *Dissidences*: Vol. 4: Iss. 7, Article 10.  
Available at: <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol4/iss7/10>

This Article / Artículo is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized administrator of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact [jmontgom@bowdoin.edu](mailto:jmontgom@bowdoin.edu).

---

## Al final de la calle: Lima, Ciudad de M

### **Keywords / Palabras clave**

Malca, Perú, Peru, Narrativa, Narrativa urbana

# DISSIDENCES

Hispanic Journal of Theory and Criticism

## Al final de la calle: *Lima, Ciudad de M*

Carmen Tisnado / Franklin & Marshall College

Si hiciéramos el experimento de preguntar a individuos relativamente educados, sin que importe su nacionalidad, con qué asocia el Perú de la primera década del siglo XXI, es muy probable que la primera frase que enuncie sea “Machu Picchu”. Desde que las famosas ruinas incaicas fueron consideradas una de las nuevas maravillas del mundo, han asumido un papel de cierta notoriedad en la imagen del Perú. Dos décadas antes, la frase a enunciar era,

con muy poca duda, “Sendero Luminoso”, o, en todo caso, “terrorismo”. El efecto de lo que implica cada una de estas asociaciones es de dos tendencias opuestas. En la actualidad, muchas personas viajan al Perú para conocer el famoso Machu Picchu, o por lo menos expresan su deseo de ir. En cambio, durante los 80s y 90s, a pesar del interés en los centros turísticos del Perú, muchos optaban por no ir a este país cuya violencia se había vuelto famosa.

La violencia que generó el terrorismo provenía de la actividad guerrillera de Sendero Luminoso y en menor grado de otro grupo terrorista, el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). Como indica Tina Rosenberg en su estudio sobre la violencia política en el Perú, publicado en 1991, “Peru is home to the world’s most vicious and enigmatic guerrilla group, the Shining Path, or Sendero Luminoso” (10). Al mismo tiempo, las fuerzas armadas, en su combate contra el terrorismo hicieron también uso de una violencia extrema que no distinguía al terrorista del ciudadano común. Cundió la cultura del miedo y la desconfianza.

La violencia política pasó a convertirse en violencia social, cuyo efecto fue de transformar el tipo de percepción de vida, y por tanto, el tipo de acción, de la mayoría de peruanos.<sup>1</sup> Como explica Alfredo Quintanilla en su estudio sobre la conciencia social en Lima:

la sociedad peruana viene sufriendo acelerados cambios desde mediados de la década de los setenta. La profundización de una implacable crisis económica y la aparición de nuevos fenómenos como los de la violencia política, transformada en guerra no declarada, y la extensión de las redes del

---

<sup>1</sup> En este estudio, ya que analizo una novela cuya acción tiene lugar en Lima, me voy a referir en forma particular a los limeños. Esto no excluye que los peruanos en general hayan pasado por experiencias semejantes a las que me refiero.

narcotráfico han producido modificaciones en los esquemas de satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías, de manera que sus vidas se han visto transformadas y con ellas sus patrones de juicio, valoraciones y aspiraciones. (9)

La principal transformación en la vida de los limeños es la de la desesperanza. Si bien la situación social en el Perú jamás fue óptima, se podían atisbar manifestaciones de cierta esperanza de cambio. Esto fue truncado por la violencia política y social de los 80 y 90. La narrativa urbana peruana que surgió con fuerza en la década de los noventa, precisamente, se caracteriza por representar la desesperanza y el caos que imperaban en el Perú en general en esa época. La mayor parte de novelas producidas en los 90 y en los primeros años del siglo XXI relatan historias que ocurren específicamente en la capital, Lima. Los 90, como antes indiqué, fueron años de violencia intensa en Lima. Desocupación rampante, vandalismo gratuito, crimen insensible, atentados terroristas, pasaron a formar parte de la vida cotidiana. En este contexto es en el que surgen novelas cuyos protagonistas son jóvenes que carecen de rumbo y que se sienten atrapados por el ambiente opresivo en el que viven. *Al final de la calle* (1993) de Oscar Malca, es una de estas novelas.

*Al final de la calle* relata la conducta delictiva que adoptan algunos jóvenes limeños de una extinta clase media. La novela constituye, tanto en su historia como en su discurso, una representación de la zozobra que parece generalizada en el Perú de los noventa, y que es ya una característica intrínseca de la idiosincrasia peruana. Esta novela cuenta las experiencias de jóvenes esquineros de Magdalena del Mar, un barrio de la ciudad de Lima en la que habita una clase media en cierta decadencia. Estos jóvenes, de diversas maneras, han asumido

como suya la violencia que impera en casi todas las áreas de la vida urbana de la capital peruana.

La organización de la novela impide que se reconstruya una historia propiamente dicha. Tenemos una serie de capítulos bastante breves que narran, fuera de todo orden lógico y cronológico, a modo de *vignettes*, acciones específicas que realizan los jóvenes esquineros, o experiencias por las que pasan. La presentación de estas acciones y experiencias sugiere una suerte de cuadros independientes de una exposición cuyo tema central es la violencia urbana. Esta estructura de discontinuidad representa, de muchas maneras, la falta de consecuencia – en otras palabras, el sinsentido – que bien puede atribuirse a la vida de Lima durante las décadas de los 80 y 90. La novela consta de veintidós capítulos no numerados cuya extensión mínima es de dos páginas y máxima de nueve. Esta falta de numeración, aunque no es característica única de *Al final de la calle* en particular, puede ser indicio de la ausencia de un orden significativo en las acciones de los personajes y por lo tanto de su falta de dirección. Como señalé, los capítulos se distinguen, con tres excepciones bastante débiles, por su discontinuidad. El lector puede presenciar escenas sueltas de la vida del protagonista, pero es imposible trazar una línea de acción que dé forma a la *fabula* de la novela. Es decir, no existe una historia con un inicio y un fin marcados y específicos. Es como si la comunidad representada en la novela estuviera en suspenso, en un movimiento pendular que sólo permite una caída pero no una proyección. Al mismo tiempo, el protagonista se presenta exclusivamente en su presente. No se puede reconstruir su historia pasada y no existe ninguna proyección hacia su futuro.

*Al final de la calle*, como ya observé, expone la vida de jóvenes desocupados que, hartos de ilusionarse con que el país les ofrezca algo, optan por una salida propia, en la mayoría de los casos, delictiva. Es importante notar que el protagonista no tiene un nombre

conocido en la lengua española. Tanto el narrador como los personajes lo llaman “M,” y él mismo se presenta con este apelativo, lo que puede originar más de una interpretación, especialmente si tenemos en cuenta el título del prólogo con el que aparece la novela, sólo a partir de su quinta edición: “Ciudad de M.”

La frase “Ciudad de M,” en el contexto de la sintaxis del español, quiere decir por lo menos dos cosas. En primer lugar, siguiendo el sentido literal de la frase, se puede concluir que la ciudad de la novela es aquella en la que vive su protagonista, M. En segundo lugar, y quizá el más significativo, “Ciudad de M” se puede tomar como el eufemismo de “ciudad de mierda.” La primera posibilidad, aunque puede ser una deducción con fundamento, no es la primera interpretación a la que llegará un lector en su lectura inicial. En cambio, antes de siquiera abrir el libro, el mismo lector no tendrá duda en articular “ciudad de mierda,” a modo de terminación de una frase que es parte de la práctica discursiva de todo hablante de español. La conclusión más lógica, entonces, es que si la acción de la novela tiene lugar en la capital del Perú, el título sugiere que Lima es, en efecto, una “ciudad de mierda.” El título del prólogo sugiere mucho más, sin embargo. Si combinamos ambas interpretaciones, y a pesar de que aceptemos que el protagonista “se llama” M, existe la relación analógica entre la “M” de la frase “ciudad de M” y la “M” del nombre del protagonista, que nunca se presenta como una inicial. ¿Quiere esto decir que se puede proponer una equivalencia entre “M” (personaje) y “m” (mierda)? El texto mismo parece sugerirlo. En este sentido, podemos ver que tanto el narrador como los personajes y el mismo M aceptan sin rechistar que M es, de alguna manera, “una mierda.” Al mismo tiempo, vive en una ciudad que no lo acoge y que más bien, lo rechaza. En otras palabras, vive en una “ciudad de mierda.”

Con sólo estos elementos de la novela, podemos ya llegar a ciertas conclusiones. Estamos frente a un protagonista sin nombre reconocible y frente a una novela sin historia

propriadamente dicha. Es decir, la sociedad representada en *Al final de la calle* está caracterizada básicamente por ausencias significativas. El nombre es lo que, en un nivel elemental, da las bases para que se forme una identidad, y la historia de las experiencias y acciones de un individuo constituye el conjunto de bloques sobre los cuales se construye esa identidad. El protagonista de la novela carece de la base y de los bloques que le puedan facilitar la formación de su identidad. En suma, es un personaje perdido que no puede encontrar un eje que lo sostenga en la ciudad de Lima.

Es una nota a pie de página la que aclara el origen del título del prólogo, “Ciudad de M.” Son los editores del libro los que, para la quinta edición de la novela, deciden incluir un ensayo autobiográfico que publicó Oscar Malca en un volumen especial de la revista *Debate*, dedicado al tema de Lima y los limeños, titulado “Ciudad de M.” El contenido de este ensayo confirma el carácter amenazante y devastador de la ciudad de Lima. Señala Malca: “En Lima quienes son – espiritual o físicamente – débiles, no sobreviven. Si uno no pertenece a la raza de los tiburones, tiene que ser suficientemente mosca para no ser atrapado por sus fauces insaciables” (10).

¿Pertenece M a la raza de los tiburones o es atrapado por sus fauces insaciables? ¿Qué es lo que se puede descubrir sobre M a lo largo de la novela? Lo que se observa apenas iniciada la lectura es la falta de dirección del protagonista. Las primeras palabras de la novela lo muestran con claridad: “Caminaba sin rumbo por La Colmena, mirando los escaparates y los carteles chillones que emergían de los muros en medio del desorden y bulla de la avenida” (7). La frase citada revela que M está perdido en dos niveles. En un primer nivel, la ciudad está descrita como desordenada y bulliciosa. M, al estar en ella, es parte del caos que sugiere esta descripción. M, de modo literal y figurativo, pulula en La Colmena, avenida céntrica donde se cruzan centenares de individuos que, como abejas en un panal, se



encuentran y desencuentran sin objetivo y, más aún, con cierta rudeza. En un segundo nivel, M carece de dirección, y por lo tanto no le encuentra meta a su vida. A pesar del desorden y bulla que caracterizan a la ciudad, es de imaginar que algunos han de encontrar algún rumbo, aunque sea incierto y riesgoso. No es éste el caso de M, que “caminaba sin rumbo” en el ya establecido caos de la ciudad.

La ausencia de rumbo de M se refleja en su condición de desocupado y por lo tanto en su permanente falta de dinero, así como en su abuso del alcohol y de las drogas. Por supuesto que no se trata de una simple relación de causalidad, pues estas condiciones y características son también los puntos de partida que desencadenan la ausencia de rumbo de M. En otras palabras, M está en un círculo vicioso del que no parece tener salida. Lo descrito hasta este momento lo afecta sólo a él mismo, pero M cruza la barrera de la autodestrucción y participa en actos en los que, ya sea con intención o sin ella, destruye o daña a otros. En un caso, por ejemplo, observa que una pareja de edad avanzada es atacada por un joven que le roba la billetera al anciano tras tirarlo al suelo. M finge frenar al ladrón hasta que “vio un par de billetes volando ... al ras de la vereda. Sin mover la cabeza, miró a los costados para pisar uno y, discretamente, se inclinó a recoger el otro” (13). M no tiene reparos en hacerse cómplice de la agresión de la que son objeto estos ancianos y, sin el mínimo escrúpulo, se apropia de su dinero. En otra ocasión, cuando va con una amiga a comprar pantalones a un mercado de vendedores informales, no duda en robar algunas prendas. Al salir, le dice a su amiga, “Yo te invito la cerveza y la coca, pero, antes de ir a computar, deja siquiera que me saque uno de los bluyines que tengo puestos ... casi no puedo caminar” (115).

Quizá el acto gratuito de mayor violencia en el que participa M sea un intento de violación colectiva, que es interrumpido sólo porque la víctima del ataque tiene una

convulsión epiléptica. M no muestra empatía alguna por la joven, objeto de la agresión de la que él y sus amigos son agentes. Todo lo contrario, M siente una especie de excitación que, al parecer, es ligeramente compartida por algunos de los testigos, que están conscientes de lo que sucede pero no hacen nada por defender a la joven.

La participación de M en aquel acto espeluznante invita a que nos formulemos diversas preguntas. ¿Es M un psicópata incapaz de sentir empatía o culpa? Si es psicópata, ¿lo son también sus amigos? Si ninguno lo es, ¿qué los impulsa a cometer gratuitamente un acto tan violento como el rapto y posterior violación de una mujer? Más aún, ¿son acaso psicópatas los transeúntes testigos que reaccionan con indiferencia y hasta con risa? ¿En qué tipo de sociedad vive M que aparentemente ha perdido todo sentido de solidaridad?

Para aproximarme a ciertas respuestas posibles, pondré de lado mi análisis de *Al final de la calle* para resumir algunas propuestas teóricas de diferentes estudiosos peruanos, que de hecho, pueden esclarecer algo sobre la conducta de la juventud limeña, y por extensión, sobre el comportamiento de los personajes de la novela. Me concentraré en lo que sugieren, entre otros, el antropólogo José Matos Mar, el sociólogo Gonzalo Portocarrero, y el psicoanalista Saúl Peña.

El estudio de José Matos Mar, *Desborde Popular y Crisis del Estado*, publicado inicialmente en 1984, y comentado por el mismo autor veinte años después, constituye el punto de partida para llegar a una explicación de la conducta de muchos jóvenes limeños. Matos Mar se remonta a la época de la Conquista, desde la que, según él, se empezó a forjar la incapacidad que tiene el Perú de desarrollar una verdadera conciencia nacional, ya que “la herencia andina resultó marginada” (23). Según Matos Mar, este problema no ha sido aún resuelto, y mientras no se logre una resolución, el país estará en permanente estado de crisis.

Una vez instaurada la República, aún con la vigencia del sistema feudal de tenencia de tierras (no reconocido por la oficialidad) así como con un paternalismo hacia el indio, se inició el proceso de modernización del país. La industrialización, aunque incipiente, promovió un movimiento migratorio de las provincias hacia Lima que se desarrolló con mayor fuerza a partir de 1940. En las siguientes décadas se efectuaron cambios en la configuración de la industria en Lima y en el resto del país, pero éstos no tuvieron una proporción equivalente a la migración ininterrumpida. Es así como en las décadas de los 50 y 60 “surge un nuevo contingente urbano de propietarios, empresarios, obreros, y subocupados, producto de las migraciones campo-ciudad” (35).

Es en este contexto que ocurrió lo que Matos Mar denomina un “primer desborde,” a través del cual los campesinos se integraron en forma masiva al movimiento popular en Lima. Esto generó inestabilidad política en tanto que las clases privilegiadas se sintieron amenazadas y respondieron con trabas que impidieron el progreso e integración del grupo de migrantes a la vida en la ciudad. Sobrevino una crisis que debilitó al gobierno democrático.

Tras doce años de régimen militar, impuesto por dos golpes de estado consecutivos, en 1980, durante las primeras elecciones que se convocaron en ese lapso, el Perú estaba ya en una peor crisis social y económica. Indica Matos Mar:

La crisis económica provocó una inesperada retracción de los instrumentos del control oficial. El vacío de legislación y de gobierno, que creció al mismo ritmo del desborde popular, hubo de ser llenado en forma acelerada por la actividad espontáneamente creadora de las masas. El desborde se convirtió en inundación. Lima y el Perú comenzaron a revelar un nuevo rostro. (39)

La actividad espontánea de las masas en sí constituyó un desborde de todo lo que hasta ese momento, aunque de manera tenue, había sido la expectativa del cumplimiento del deber, o de las reglas del juego de todas las partes envueltas en el proceso de manejo y de progreso del país. Cada quien, de manera individual o en su pequeño grupo, se dedicó a vigilar lo que era de su exclusivo provecho, sin que hubiera ningún interés común. El soborno, la corrupción y el chantaje adquirieron un carácter cotidiano en la vida limeña, en todas las esferas sociales. Así, “[el sector intermedio] se debate, de modo apremiante, entre la presión que sufre por absorberlo en condición de clientela del nuevo poder y por la que lo empuja a buscar estrategias de supervivencia en la coima, la corrupción y la deshonestidad” (56).

Sin aceptar ser partícipes de ninguno de estos lados, el nuevo “sector intermedio” optó por una posición que Matos Mar califica de contestataria, y que en la opinión pública se conoció como informal. Esto implica que se agotaron las posibilidades de lograr estabilidad dentro de los parámetros formales que ofrecía la oficialidad, y los habitantes de la ciudad debieron recurrir a su ingenio para crear nuevos paradigmas que, aunque no formaban parte de la legalidad oficial, les brindaban las posibilidades de supervivencia que no podían encontrar por otros medios. Surgieron así mercados clandestinos y tráficos ilícitos de todo tipo de mercancía. Surgieron también negociantes y vendedores informales que generaron un alto movimiento económico, fuera de todo tipo de control fiscal y legal. “La moral desaparece o se transforma con el impulso de la crisis económica” (60). En consecuencia, el migrante, frente al temor de no poder sobrevivir en la ciudad, sentía que sólo tenía dos opciones: “someterse al sistema legal imperante aceptando la falta de techo o violentar los límites del sistema establecido. Su origen, así como su situación frente a la estructura social

urbana y los mecanismos existentes en la ‘ciudad legal’ ... determinó que decidiera por la segunda opción, es decir, la invasión de áreas marginales posibles de ser urbanizadas” (75-6).

El crecimiento urbano trajo consigo el deterioro de las condiciones de seguridad en la ciudad, el que a su vez, acrecentó la corrupción e ineficiencia de las fuerzas policiales. “La violencia se convierte en un estilo de vida que se termina aceptando resignadamente” (88). El desborde, pues, no se dio únicamente a nivel demográfico. Se desbordaron también “los límites impuestos por los códigos, los reglamentos y los procedimientos” (93). La crisis moral era total:

El rechazo contra el orden que caduca se hace penetrante e invade el campo mismo de la oficialidad: las empresas más serias evaden los impuestos, grupos de profesionales y técnicos se asocian y operan en forma extralegal; los vecinos de los barrios residenciales prescinden de la policía y se organizan para su autodefensa contra la delincuencia; los nuevos cultos encuentran adherentes entre los miembros de las clases dirigentes; las drogas y la prostitución arrastran a la juventud de las clases medias y altas; las coimas y las ‘comisiones’ corrompen a los importantes funcionarios, mientras que el terrorismo forma dirigencia con profesores y estudiantes universitarios. (105-6)

Veinte años después, cuando hace la evaluación de su propuesta de 1984, Matos Mar concluye que el terrorismo que azotó al Perú en los 80 y durante los primeros años de los 90 impidió que se pudiera realizar el proyecto de formación de una nueva conciencia nacional que, aunque de manera precaria, tenía posibilidades en los 60 o 70: “De 1980 a 1992 el

Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru pusieron en jaque a la sociedad nacional, alteraron el rumbo de su discurrir e incorporaron la violencia a la actitud contestataria, al iniciar una ‘guerra popular contra el Estado peruano,’ desnaturalizando y desfigurando el desborde popular” (118).

El terrorismo se originó en las zonas andinas, lo cual acarreó múltiples consecuencias para todo el país. Una de las más graves fue un fenómeno de doble migración, pues los habitantes de pueblos de la sierra hicieron un éxodo bastante masivo hacia Lima, y muchos de los habitantes de la clase media y acomodada de Lima optaron, si cabía en sus posibilidades, por emigrar a un país extranjero. De este modo, “[e]l desborde popular, convertido en un huaico de miedo y de terror, continuó” (120).

Durante el resto del tiempo en supuesta democracia, la población de los márgenes creció de manera notable. Los hijos o nietos de los que habían empezado a emigrar en los 40 ya se habían establecido en lo que se conoce como los tres Conos de Lima (norte, este, y sur). Éstos están integrados por urbanizaciones nuevas que, en su mayoría, empezaron como invasiones de terrenos, y que a través de los años adquirieron status de unidades distritales. Se les conoce como Conos ya que no pertenecen al sector que hasta mediados del siglo XX era conocido como la Lima Metropolitana y sus distritos. Curiosamente, son los habitantes de los Conos quienes, asumiendo la informalidad (y a veces ilegalidad), han sido los más prósperos de las últimas décadas.

Aunque los de las clases acomodadas han continuado acumulando riqueza, hay un nuevo grupo de ricos, que son los burócratas, cómplices de la corrupción de los diferentes gobiernos. Los de la clase media corrieron una suerte muy diferente en tanto que perdieron la infraestructura que los hacía pertenecientes a la clase media. La condición de clase, sin embargo, no está únicamente determinada por la situación económica de sus integrantes.

Hay muchos otros factores sociales y culturales que intervienen en la ubicación de alguien dentro de una clase social específica. Los de la clase media desplazada se hallaron desubicados en tanto que culturalmente se sentían aún parte de su grupo social, pero su condición económica los colocaba en un grupo diferente, que sólo podía situarse en una clase social más baja. Muchos jóvenes de este nuevo grupo social, a diferencia de los de generaciones anteriores, no podían ingresar al grupo de empleados o comerciantes nuevos. Aún los pocos que lograron estudios universitarios, al graduarse, se tropezaron con la realidad del desempleo. Así, la desocupación y la crisis económica causaron que muchos de estos jóvenes se reunieran en esquinas y formaran pandillas. Los de los Conos, sin embargo, ya sea con su mercadería informal, ya sea conduciendo un microbús, o de alguna otra manera, pudieron mantenerse a flote, sobrevivir, y hasta prosperar. Lo señala Matos Mar cuando afirma lo siguiente: “Tres grandes conos han superado el impacto desastroso de década y media de violencia, convirtiéndose en lo dinámico y preponderante por su mayor población y gran peso económico” (132).

Magdalena del Mar, como lo explica el narrador de *Al final de la calle*, es uno de los barrios de la clase media donde “sobrevive un buen número de casas estilo tudor, con verandas y altas rejas de madera, techos inclinados y grandes jardines. Sólo que la mayoría de las maderas están picadas y descoloridas, los techos parchados con cemento o calamina y las otrora imponentes mansiones, completamente tugurizadas o herrumbrosas” (49). Así como las casas se han desgastado, sus habitantes han agotado su resistencia y su tolerancia, y se han transformado en individuos igualmente parchados, alterados, para quienes nada tiene arreglo. Ante tal situación, asumen la actitud de que todo vale para sobrevivir, sin que importe el método.

¿Es todo esto una explicación posible de la conducta de M? Si M fuera el inculpado en un juicio, ¿sería la teoría de Matos Mar un paliativo para su sentencia? Posiblemente no. Sin embargo, Matos Mar ofrece una aproximación para que se pueda comprender, sin necesariamente justificar, la conducta individual de M y la conducta colectiva de sus compañeros.

La propuesta de Matos Mar nos lleva a comprender y aceptar que muchos jóvenes de la extinta clase media limeña han sido arrastrados por la vorágine del “desborde.” Al inicio de este proceso, quisieron asirse de los pocos recursos socialmente permisibles que les permitieran una supervivencia digna: educación y empleo. Al ver que la sociedad les negaba estos recursos, y sin querer sucumbir al “desborde” y posterior derrumbe, optaron por un recurso propio, sin que nada ni nadie interviniera para ayudarlos a sobrevivir ni para impedir que sobrevivieran. Al verse solos, han incorporado la idea que sólo ellos pueden hacer algo para su propio provecho, aunque este camino les cueste la pérdida del juicio moral. Es así que la violencia del país los hace víctimas y ellos, a su vez, se vuelven victimarios. Éste es un ejemplo del principio tan repetido que la violencia genera violencia.

En el caso particular de M, la novela da varios indicios de su condición de víctima del sistema. M no reconoce abiertamente esta condición porque hacerlo dejaría evidente su estado de vulnerabilidad. Todo lo contrario, M actúa como si fuera invencible. No obstante, esa invulnerabilidad está desfigurada, pues M y sus amigos por lo general eligen víctimas totalmente vulnerables para sus propios actos de violencia.

Un ejemplo evidente de la victimización de la que es agente M es el intento de violación colectiva a una joven desconocida, antes mencionado. M y algunos de sus amigos secuestran a una joven que simplemente camina por una calle:



La visión de ese medio cuerpo desnudo le produjo una erección a M. La piel del pedazo de pierna que estaba sujetando era tan sedosa, que le costaba hacer fuerza contra ella ... y el conjunto, con el triángulo del pubis humedecido [por el ron que le habían vaciado] y levantado bajo el vientre liso, componían un espectáculo de raro pero poderoso efecto. Aunque ya se le había pasado la borrachera, le pareció que habían elegido muy bien. El Loco Mario, además, resultó de lo más expeditivo a la hora de subirla al carro: la agarró por detrás de las axilas y se la cargó mientras M le levantaba las piernas. Los gritos se perdieron en la calle, ante la mirada desentendida de los transeúntes. M vio incluso a uno que reía cuando la introdujeron en el viejo Peugeot. (164)

Es importante recalcar que M y sus amigos seleccionan a la joven desconocida a quien atacan entre las muchachas que en ese momento tienen frente a ellos. Este hecho muestra que las acciones de M son premeditadas en todo sentido. Él y sus amigos observan la calle, y entre todas las muchachas que ven pasar, eligen a ésta por su aspecto físico. “[A M] le pareció que habían elegido muy bien” (164) es una frase que revela el regocijo que siente en su anticipación del acto de violación de una joven atractiva. M nunca ve a la joven como a una persona. La hace objeto de su deseo de violencia y sexo como dos elementos inseparables. Esta deshumanización que hace M de su víctima se hace palpable en la elección de palabras de la voz narrativa, cuyo relato proviene de la perspectiva de M. En vez de referirse directamente a la muchacha, se refiere a “ese medio cuerpo desnudo.” Por igual, no hay mención de las partes anatómicas como pertenecientes a la joven víctima del ataque. Al despersonalizarlas, la narración subraya el carácter de objeto de la víctima. Así, tenemos

“la piel del pedazo de pierna,” “el triángulo del pubis,” “el vientre liso” (164). El uso de artículos determinados contribuye a que se vea a la joven como separada de su cuerpo, según lo cual la agresión sería contra un cuerpo y no una persona.

El ejemplo previo invita a pensar que M tiene tendencia a ejercer este tipo de violencia sexual cuando elige a una víctima desconocida. Sin embargo, M actúa también con violencia cuando tiene relaciones sexuales con mujeres que conoce. Es como si M sintiera que la mejor manera de expresar su atracción por una mujer fuera la violencia física, a través de prácticas sadomasoquistas. Así, en sus frecuentes encuentros sexuales con su amiga Sandra, “su presencia lo debilitaba y terminaba teniendo ganas de pegarle” (64). Es de notar que los deseos de agredir físicamente a Sandra le vienen a M cuando él se siente débil frente a ella. Es como si en su relación con las mujeres M quisiera mantener una imagen de fuerza que ha perdido en todas las otras esferas de su vida. Sin embargo Sandra, al igual que M, parece querer ejercitar su fuerza personal, y responde con la misma violencia física que usa M: “Sandra podía transfigurarse en un ser temible y salvaje en el torbellino del sexo: el cuerpo de M tenía suficientes huellas de esa desesperación con que se entregaba, entre rugidos y dentelladas, como un animal ciego y agónico a punto de ser sacrificado” (66). El fragmento citado le pertenece al narrador omnisciente de tercera persona, pero no hay duda de que la perspectiva es la de M, presentada a modo de discurso indirecto libre.

Al igual que en el relato sobre la joven desconocida, la referencia a las marcas que tiene M en el cuerpo lo despersonalizan. Más aún, el sujeto de la frase es “el cuerpo de M” (66), lo cual disminuye el carácter humano del protagonista. Al final, la deshumanización de los personajes es general, pues la presentación de Sandra subraya también su carácter bestial. A pesar de que el relato presenta a Sandra “como un animal ciego y agónico a punto de ser sacrificado” (66), la imagen que nos podemos formar de ella es más bien opuesta. Sandra no

va a ser sacrificada por nadie. Es más, sus “rugidos y dentelladas” (66) la muestran como un animal que va a sacrificar a otro. Lo que cabría preguntarse es qué impulsa a M a necesitar experimentar la vulnerabilidad de Sandra, vulnerabilidad que el texto mismo está lejos de presentar.

Del mismo modo, se puede considerar a M, junto con sus amigos, desde dos ángulos casi opuestos. Por un lado, al estar parados en una esquina, exponen del todo su vulnerabilidad. Por el otro, M y sus amigos actúan como si fueran invulnerables e invencibles. Esta aparente contradicción enriquece el relato de Oscar Malca, pues juega con los conceptos de “mostrar” y “contar.” Los narratarios podrán “escuchar” bien un mensaje, en este caso, la invulnerabilidad de M, pero el relato, con su focalización específica, lleva a los lectores a que “vean” cosas que no están necesariamente dichas, y así lleguen a una conclusión más completa, que es la condición de M como otra víctima más de la sociedad.

M se reúne con sus amigos en una de las esquinas de Magdalena, no a modo de organizarse para hacer algo, sino simplemente para matar el tiempo. Es importante notar que M no forma parte de lo que se considera una pandilla. El psicólogo Federico Tong, en uno de sus estudios sobre jóvenes pandilleros del Perú, indica que las pandillas “se articulan a través de dos elementos de identificación territorial” (74-5). La pandilla, pues, tiene una estructura que se forma a través de una historia grupal. La pandilla es el producto de una fuerte organización, con reglas tácitas y un sistema de comunicación interno muy definido entre sus miembros. Al mismo tiempo, apunta Tong, la pandilla tiene fines específicos, que son tanto individuales para cada miembro como (sobre todo) grupales. Esto quiere decir que la pandilla reacciona de manera homogénea frente a los acontecimientos que se le presentan, de manera especial si éstos son percibidos como amenaza. Una de las características más salientes de una pandilla es que existe absoluta solidaridad entre sus

miembros. Esta solidaridad se revela en la conformidad con las decisiones del líder y en el acato de sus órdenes o sugerencias. A pesar de que en la mayoría de ocasiones los pandilleros son grupos de jóvenes que cometen fechorías, es importante recalcar que las pandillas son grupos organizados que siguen reglas definidas.

Esta sola descripción descarta la idea que M y sus amigos constituyan una pandilla. A pesar de que se reúnen en el barrio, carecen de organización, no tienen un líder específico, no siguen reglas que estipulan su comportamiento grupal y, de hecho, les falta un objetivo propio. Ni M ni sus amigos saben qué van a hacer en el futuro y viven en una total anarquía. Más aún, no necesariamente hacen cosas juntos en todo momento, a diferencia de lo que sería la conducta típica de una pandilla. M realiza distintas actividades con diferentes personas.

M y sus amigos son lo que se puede denominar “esquineros,” jóvenes que se reúnen en una esquina para simplemente pasar el tiempo, un tiempo que equivale a lo que Romeo Grompone describe como tiempo muerto:

la contingencia que surge de la precariedad del trabajo penetra más allá del ámbito laboral; introduce una diferencia entre el tiempo libre y los tiempos muertos. En el tiempo libre se descansa ..., la persona desarrolla sus vínculos amicales y si se produce un desborde en el comportamiento esperado, las obligaciones rutinarias ayudan a que se vuelva al mismo cauce. Los tiempos muertos están descontextualizados y en este aislamiento exacerbado puede surgir la agresión hacia sí mismo o hacia otros. (38)

Hasta cierto punto la esquina representa algo especial para M y sus amigos, tal como lo describe el narrador: “La esquina, a veces transitado cruce de rutas microbuseras, con su perspectiva simultánea de cuatro calles que se extendían hacia lugares infinitos, era el sitio ideal para parapetarse de las propias desgracias personales sin que pareciera que lo estaban haciendo” (17). Las “desgracias personales” parten básicamente de la falta de dinero, producto de la imposibilidad que tienen de encontrar trabajo.

La condición de desocupado podría, de manera poco justa, hacer pensar que M es un ocioso que no quiere trabajar. La novela prueba lo contrario, pues M está dispuesto a aceptar cualquier trabajo con tal de tener un sueldo aceptable. Una de las *vignettes* muestra a M en una cola, junto a muchos jóvenes más que acuden a la posible entrevista que les abrirá la puerta al mundo favorecido de los trabajadores asalariados. “La cola avanzaba tan lentamente que a ratos lo asaltaba la idea de largarse y mandar todo a la mierda. Pero no podía: necesitaba un trabajo, y si bien nadie le aseguraba que le iban a dar ése, por lo menos debía intentarlo” (25). Es evidente que aquélla no es la primera vez que M se presenta a un trabajo: “...esa mañana M estaba en una cola. Y en una de las largas” (25). M, sobre la base de su experiencia, sabe discriminar los diferentes tipos de colas de personas que conservan la mínima e ilusoria esperanza de conseguir empleo.

Es sumamente curioso que este grupo de jóvenes, a pesar de estar compitiendo entre ellos, establezcan una suerte de extraña solidaridad. A fin de que los empleados y vigilantes de la empresa dispongan de un tiempo para su refrigerio, las entrevistas se suspenden durante dos horas. Todos los de la cola saben que no deben abandonar su puesto, pues en cualquier momento pueden comenzar a llamarlos según el número que le han entregado a cada uno. Sin embargo, “alguien habló de comprar un trago y pronto se organizó una colecta” (27). Luego “el licor fue compartido indistintamente entre los que dieron y los que

no dieron plata” (27). La solidaridad es palpable, pero también lo es la desidia y el abandono que ésta implica, pues consumir alcohol sin haber comido nada menguará la habilidad de muchos de los que pasen a una entrevista. Es como si todos se estuvieran boicoteando a sí mismos y a la vez entre ellos.

Lo que este acto prueba es que la esperanza de conseguir trabajo es, en efecto, ilusoria. Estos jóvenes, y M entre ellos, mantienen el hábito de presentarse a entrevistas, aunque saben que éstas no conducirán a nada concreto. Al fin, la desesperanza y el abandono de M están expresados en las últimas palabras de la *vignette*: “Cuando reparó [en que estaba estrujando la tarjeta con su número], abrió la mano con alarma y vio que felizmente el cartoncito no se había deteriorado. El número se seguía distinguiendo; aunque ya no recordaba para qué se lo habían dado” (28).

La reacción frente a esta desesperanza no puede ser otra que frustración para M, y para sus amigos, si especulamos que pasan o han pasado por lo mismo. La frustración los ha llevado al consumo del alcohol y de drogas, lo que genera el círculo vicioso de necesitar dinero para adquirir alcohol y drogas. Estos esquineros se las ingenian para tener trabajos eventuales, o para robar o estafar a alguien para conseguir cierto dinero. Su presencia en la esquina no decide el modo en que se procurarán este dinero. Para esto, cada cual se las arregla de manera personal. El objetivo de pararse en la esquina es, pues, de defensa o de protección personal, a modo de reprimir sus sentimientos de frustración o desasosiego. El pretendido olvido de su propia situación es el último recurso de supervivencia, e implica la resignación total, la aceptación de que no hay nada que se pueda hacer para cambiar la situación.

Lo que *Al final de la calle* propone es que, como indica Matos Mar, ya no hay espacio para los jóvenes de la antes considerada clase media. Oscar Malca crea personajes que

encarnan la desaparición de este grupo de la población. La pérdida de identidad como grupo social, y por lo tanto la pérdida de su identidad individual, se ven representadas en cómo se llaman los jóvenes esquineros que acompañan a M. Ninguno de ellos tiene un nombre reconocible como tal en el código del español. La pérdida de sus nombres convencionales y la asimilación de sus apodos como sus nombres propios (Ato, Bore, Caníbal, Coyote, Gordo, Largo, Mañuco, Pacho, Patillo, y claro, M) sugieren que ellos también están en un proceso de extinción, no ya como grupo social sino como individuos.

Estos jóvenes, antes considerados de la clase media, ahora constituyen un grupo desterritorializado que, como tal, carece de rumbo y objetivo. A pesar de que se reúnen en una esquina, no la reclaman como su territorio. Es como si la voluntad se les hubiera atrofiado y ya no tuvieran energía para reclamar nada de nadie. Sólo ellos mismos podrán facilitarse lo que necesiten, sin que haya intervención de otros.

De este modo, es a través del delito, la corrupción y la violencia que M y sus amigos reconstruyen su identidad perdida. Así como la violencia de M tiene como reacción la violencia física de Sandra, hay en la novela ejemplos de una indirecta inversión de papeles en cuanto a la perpetración de una conducta violenta. A pesar de que no hay personajes infantiles cuya historia podemos seguir, hay episodios en los que participan algunos niños. En una ocasión, M y un amigo se dirigen a la casa de un proveedor de droga para comprar lo que necesitan para su consumo personal. A pesar de que en el fondo no les importa nada la manera en que este hombre trata a su hija de ocho años, se sorprenden cuando éste la llama y exclama “los señores son tus tíos, Rosy. Ésta es la engréida de la casa” (78). Esto, sin embargo, lo dice “mientras rebuscaba en el calzón de la niña con la mano libre” (78) para extraer la droga que va a venderles. Esconder droga en la ropa interior de la niña es un caso explícito de abuso de una menor. No hay un acto de violencia física, pero el abuso consiste

en no sólo exponer a la niña a un acto ilegal, sino en hacerla cómplice involuntaria de éste. Desde luego, y es el peor acto de abuso entre todos, existe el componente sexual inapropiado de rebuscarle la ropa interior. Este episodio revela un caso de abuso contra una menor en el que la víctima, Rosy, aún es demasiado pequeña e inocente para reaccionar de ninguna manera. Nada en el universo presentado en la novela sugiere que Rosy tenga un futuro prometedor. Más bien, es de esperar que ella también ingrese en la rueda de abuso y violencia de la que ahora es víctima.

Sin embargo, hay ejemplos en la novela que muestran que los niños pueden ser también agentes de violencia o abuso, lo cual sólo hace pensar en el círculo vicioso al que está sometida la niñez peruana, pues es muy raro pensar en un grupo de niños violentos sin que éstos hayan sido objetos de violencia. En cierta situación, por ejemplo, M y una amiga están sentados en un parque bebiendo cerveza y consumiendo coca, cuando “M volteó y se sobresaltó al reconocer, a pocos metros de él, a media docena de los niños que jugaban hacía un rato, acercándose con las sonrisas torcidas – inconfundible síntoma de haber inhalado Terokal – y algunos cuchillos y piedras en la mano” (124). Los niños atacan a los dos jóvenes con la intención de robarles dinero. Es obvio que estos niños no tienen a adultos que los supervisen y que, sobre todo, se preocupen por ellos. Ante tal situación, los niños han asumido la misma actitud que M y sus amigos asumen: cada cual vela por lo suyo sin que importe cómo. Los niños inhalan Terokal a modo de, a través de sus efectos, olvidar su penuria diaria. Esta adicción, además de su situación general, los hace ingresar en un círculo de violencia a ellos también. El relato nos indica que es posible suponer que el abuso de los niños va a generar una cadena en la que los niños, a su vez, intentarán abusar, quizá con violencia, de cualquier miembro de su comunidad que sea un posible blanco de su intento de robo o de su ataque físico.



Además, en el contexto de las experiencias de M, todo ocurre en medio de la violencia que genera la actividad terrorista en el Perú. Uno de los varios ejemplos de acciones interrumpidas por un atentado terrorista es un episodio en el que M está con amigos en una discoteca de Lima. Todos se están divirtiendo, entre baile, consumo de alcohol y droga, “hasta que sonó un tremendo estallido” (94). Cunde el pánico, y los asistentes salen momentáneamente fuera de la discoteca. Cuando están todos afuera, M encuentra, frente a frente, a un joven armado, con facciones andinas, que está herido. Ante la ausencia de personas de origen andino en ese barrio de Lima, y ante el miedo que observa en este joven, M concluye que se trata de uno de los terroristas que ejecuta el atentado. M simplemente sigue su camino. Como si nada hubiera ocurrido, todos vuelven a la discoteca y continúan divirtiéndose. Poco después, “a M le pareció oír otra detonación, pero a diferencia del resto de danzantes y bebedores, comprendió, levemente sobresaltado, que no pertenecía al tema que reventaba de los amplificadores” (97). M reacciona con cinismo: “La recompensa – recordó en silencio – cómo no pensé en la recompensa por los terrucos, carajo. Sacudió la cabeza y se concentró en la música, cortada por el ruido que producía el chorro de la botella de vodka que Pacho le estaba sirviendo” (97).

El episodio citado representa dos aspectos muy notables de la vivencia general de los habitantes de Lima durante los 80 y primeros años de los 90: la violencia, muchas veces rampante y cuando no, latente, así como el cinismo frente a ella. En primer lugar, cualquier actividad podía ser interrumpida por un atentado terrorista. La violencia pasó a ser parte de la vida diaria. Como sostiene Jo-Marie Burt al referirse a la situación de Lima en los dos años anteriores a la publicación de *Al final de la calle*, “in late 1991 and the first half of 1992, Lima was a city under siege. Successive Shining Path offensives rocked the capital during this period, and the scope and intensity of Shining Path’s military operations

increased dramatically” (269). Es inevitable reaccionar con pánico al encontrarse en una ciudad sitiada. El cinismo, sin embargo, es un mecanismo que puede atenuar el sentimiento de miedo incontrolable. En efecto, como lo propone Carlos Basombrío, “Peruvians have become more cynical and pragmatic about public affairs and politics, and about our own participation in them” (442). El cinismo al que se refiere Basombrío es el producto de un proceso por el cual se acumulan experiencias de terror público que invaden la esfera privada, así como es también el producto de las continuas percepciones con respecto a la conducta de las autoridades, quienes en vez de dedicarse a la protección de los valores de la sociedad y del individuo, se aplican más bien en mantener su imagen a toda costa, y en no involucrarse en nada que les sepa peligroso. El cinismo es promovido a todo nivel.

En su estudio sobre el juicio moral de la juventud peruana, Gonzalo Portocarrero concluye que el cinismo es una posición de enunciación muy vigente en los jóvenes de ciudades del Perú, especialmente aquellos de grupos de situación económica reducida o de grupos marginales. Portocarrero basa su análisis en el estudio de diez grupos focales, representativos de diferentes grupos sociales, en tres ciudades del Perú. “El propósito era básicamente reconstruir en qué medida los jóvenes justifican las transgresiones a la moral dominante o pública, y, desde luego, conocer las razones que fundamentan sus juicios” (29).

Portocarrero concluye que es posible distinguir “tres perspectivas desde donde se elaboran los juicios morales” (30), cada una de las cuales se manifiesta en una posición de enunciación diferente. La primera es la que llama “moralista” y, como su nombre lo sugiere, indica la perspectiva de aquellos que se aferran a las normas de modo rígido. “Las normas se ‘aplican’ de manera que las conductas se justifican cuando se corresponden a

esas normas, y no se justifican cuando las transgreden. En este marco, la única reflexión que cabe es la que vincula una conducta con la norma que la (des)autoriza” (30).

La segunda posición de enunciación es la “contestataria,” que implica que “la vigencia de las normas puede ser ‘contestada’ o ‘relativizada’ en función de la particularidad de una constelación de hechos” (31). La tercera posición de enunciación es la que Portocarrero denomina “cínica,” en la cual “la ley no suscita ningún sentimiento de obligación, de manera que se justifica como bueno todo lo que conviene a fines personales, todo lo que incrementa el goce propio” (31). En su descripción del cínico, Portocarrero observa que éste “está (parcialmente) deshumanizado o maquinizado. Sometido al imperativo del goce, ha renunciado a (casi toda) su libertad y a los vínculos del amor” (55).

Portocarrero propone que “tanto la posición moralista como la cínica implican una abdicación de la condición de ‘sujeto,’ de persona responsable capaz de dar cuenta de sí” (31). En el primer caso, el individuo actúa como un robot, y en el segundo carece de la mínima empatía, convirtiéndose, en la práctica, en un canalla. En ninguno de los dos casos el sujeto es alguien que actúa después de deliberar y discriminar. Es interesante que la enunciación moralista se encuentre presente en todos los grupos focales. La contestataria “aparece sólo en los grupos compuestos por jóvenes de la clase media. La tercera, la cínica, surge en grupos de jóvenes marginales” (36).

Tal como Matos Mar se remonta a la época de la Conquista en *Desborde Popular*, Portocarrero propone que “en el medio peruano, la sociogénesis del cinismo remite a una serie de factores de hondas raíces históricas” (56). Señala que a lo largo de su historia, el Perú ha acumulado hechos de impunidad y de ausencia de sanción. “Es decir, la transgresión no es castigada, pues las instancias judiciales suelen ser corruptas y

arbitrarias” (56). Frente a esta inexistencia de valores éticos y de un sentido desarrollado de lo que es responsabilidad cívica y social, el cinismo parece ser la reacción más viable.

Portocarrero ofrece el análisis de una frase que escuchó durante sus entrevistas con los grupos focales y que califica de “aterradora.” Según él, esta frase “condensa muy bien la posición cínica” (56): ‘Si no te pasas de conchudo, te matan por cojudo.’ Palabras típicas de la jerga peruana, revelan una actitud bastante arraigada en el país. ‘Conchudo’ es aquel que tiene ‘concha,’ vocablo que Portocarrero define como “el desparpajo, la insensibilidad frente a la ley y la opinión de la mayoría. ... [El conchudo] carece de vergüenza” (57). El ‘cojudo,’ por otro lado, “es el tonto, el que se deja, la persona que puede ser burlada impunemente” (57). Oscar Malca hace eco de esta actitud al indicar que “en Lima quienes son – espiritual o físicamente – débiles, no sobreviven” (10). Como él mismo explica, o se es de “la raza de los tiburones” o uno es “atrapado por sus fauces insaciables” (10). Así, para poder ser un tiburón habría de ser “conchudo” y si alguien termina en las fauces de un tiburón, debe ser “cojudo.” La conducta social se reduce a dos extremos, en los cuales o se abusa o se es abusado. La preferencia lógica de cualquiera, naturalmente, es la de no ser objeto de abuso. Esto parecería significar que la única salida es abusar de los demás.

En este tipo de sociedad, entonces, la expectativa es que, ya sea como agentes, o como cómplices silenciosos, todos van a transgredir la ley. Se trata, en otras palabras, de una sociedad de cómplices cuyo comportamiento “está autorizado por un pacto implícito que establece que la necesidad justifica la transgresión de la ley” (77). En este contexto hay dos posibles desenlaces:

el primero es la explosión violenta y enardecida de los afectados, la venganza por mano propia. En el segundo, el odio se acumula como resentimiento y distancia, violencia que se empoza hasta que irrumpe en salvajismo. En cualquier forma, el desprestigio de la ley y la autoridad hacen proliferar el desorden y la ingobernabilidad. La sociedad es incapaz de autogobernarse. (78)

Es cuando una sociedad llega a la incapacidad del autogobierno cuando resurge con nuevos bríos la cultura de la corrupción. En ella, la expectativa implícita es que todos actúen corruptamente. Por lo tanto, todos son corruptos y a la vez corrompen a los demás, desde el individuo anónimo hasta la persona que ocupe el cargo más alto del país. Se hace vigente el rechazo a ser “cojudo,” y ser “conchudo” equivale a ser corrupto.

¿Qué le sucede a una sociedad que ha alcanzado niveles tan altos de tan intensa corrupción? Saúl Peña, en su estudio sobre la corrupción en el Perú, subraya el grado en que los manejos corruptos, en especial durante los gobiernos consecutivos de Alberto Fujimori, “han marcado significativamente la realidad psíquica de la mayoría de peruanos” (11).

Como informa la Psicología, son las figuras paternas o sus sustitutas las que tienen el papel más importante en la formación del individuo. Asimismo, en la formación y preservación de un país independiente, existen figuras paternas paradigmáticas que dejan una impresión en la comunidad. Esta impresión a su vez define su comportamiento ético a partir de esta impresión.

Saúl Peña recalca que el régimen de Fujimori fue corrupto. Hubo prebendas que favorecieron a algunos empresarios, a las cúpulas militares (que estaban bajo el control y

dominio de Vladimiro Montesinos, el entonces Jefe del Servicio de Inteligencia), y a los narcotraficantes, “elementos ante los cuales el gobierno de Fujimori asumió una actitud doble” (67). La doblez con respecto a los narcotraficantes no es el único ejemplo de actitud corrupta asumida por el gobierno. Instituciones gubernamentales y representantes oficiales también actuaron con doblez con el fin de aumentar su riqueza personal.

La mentira requiere de la complicidad para obtener la condición de permanencia. El legado de las últimas décadas del Siglo XX en el Perú, pues, no es sólo la violencia urbana y la corrupción, sino la paulatina toma de conciencia de la complicidad asumida, con su consiguiente sentimiento colectivo de culpa. La culpa es, sin duda, un arma de doble filo. Puede bien traer consigo mayor violencia, como también puede provocar un fuerte propósito de rectificación. A corto plazo, la primera salida es quizá la más fácil. La segunda requiere de un compromiso de la población, a todo nivel, de restablecer el orden y, sobre todo, la confianza entre las personas, la cual se origina en la confianza en uno mismo.

Un asomo de un propósito de rectificación fue la propuesta que surgió a principios del Siglo XXI para el establecimiento de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, cuyo propósito fue, como lo explica su presidente, Salomón Lerner, “hacer pública la verdad sobre los veinte años de violencia de origen político iniciados en el Perú de 1980” (13). Conviene detenerse para reflexionar en el significado de la tarea de esta comisión. Proponer que exista una Comisión de la Verdad en un país equivale, por un lado, a oficializar el pasado de mentira. Sobre la base de un pasado que no dijo la verdad, ¿es posible presumir que lo que se diga en el presente sea veraz? Por otro lado, oficializar la mentira del pasado es declarar que la mentira no debe ser impune. Es un llamado de

atención y una suerte de invitación a que la población peruana asuma con sinceridad su propósito de enmienda.

Después de dos años de arduo trabajo, en agosto de 2003, la Comisión expuso sus descubrimientos y destapó las mentiras que, no sin complicidad, escuchó el pueblo peruano año tras año. Al enterarse del resultado del trabajo de la Comisión, el pueblo no reaccionó con sorpresa, pues la expectativa había sido, como lo he señalado de diversas maneras, que la verdad fuera continuamente tergiversada u oculta.

El trabajo de la Comisión de la Verdad representa, hasta cierto punto, un atisbo de esperanza en que, aunque los pasos andados no se puedan desandar, los nuevos sean firmemente puestos en la tierra, con rumbos rectos y, sobre todo, éticos. Sin embargo, ¿tienen jóvenes como M y sus amigos esquineros bases para creer en la sinceridad oficial, y por lo tanto, en la de las demás? ¿Ha cambiado su rutina de alguna manera? Es un hecho que si la situación diaria no cambia para estos jóvenes, ellos harán caso omiso del trabajo de cualquier comisión que investigue cualquier situación del Perú. Haber descubierto la verdad, pues, no garantiza ningún cambio si no se emprende una lucha por reparar la situación.

Entretanto, ¿haber descubierto la verdad implica que la sociedad vive sin miedo? Las noticias diarias en los periódicos y noticieros televisivos de Lima sugieren lo contrario. Con respecto al miedo, Carlos Reyna, en 1996, señaló lo siguiente:

cada época tiene sus propios miedos. Hace poquísimos años Lima temía a los senderistas. El año 91 el miedo tuvo que ver con un problema de salud pública, una epidemia [de cólera]. La Lima liberal de la segunda mitad de los 90 le teme sobre todo a la delincuencia, a lo que en esferas

relativamente especializadas se denomina también inseguridad ciudadana o violencia urbana. (59)

Una década después los índices de delincuencia en Lima no son necesariamente más alentadores. Un comentario de Carlos Reyna puede dar la explicación de esta situación: “Es cierto que hay algo de mecanismo en establecer una asociación entre ciclos económicos, pero en el caso peruano las coincidencias son bastante marcadas. Las fases de recesión coinciden con el aumento de los delitos. Por ello es verosímil la relación entre mayor desempleo y mayor delito” (59).

Retornando a la novela de Oscar Malca, el futuro de M y sus amigos es bastante incierto. Si seguimos lo que sugiere Reyna con respecto al miedo de los limeños durante los 90, Lima teme a gente como M y sus amigos y a lo que ellos representan. ¿Significa esto que M, al asumir parte activa en la violencia urbana, no siente miedo? La novela parece indicar lo contrario. Los temores de M, sin embargo, se centran de manera particular en lo que le ocurrirá a él. Sabe que, a pesar de incurrir en actividades delictivas puede ser también objeto de la delincuencia generalizada en Lima. Asimismo, M es, como todos, posible blanco de un ataque terrorista. Cuando lo experimenta, reacciona “ligeramente sobresaltado” (97). A pesar de que sea “ligeramente,” M revela su miedo, en especial frente a la amenaza de que lo atrapen en flagrante acto delictivo. Esto se expresa tanto al inicio como al final de la novela.

En una de las primeras escenas presentadas en la novela, M camina hacia una esquina cuando divisa “una camioneta de la PIP [Policía de Investigaciones del Perú] mal estacionada y toda la collera [de amigos] con las manos en la masa” (8). M se oculta tras unos arbustos porque se sabe que si da cara, correrá igual suerte que sus amigos. Acto



seguido, después que todos han desaparecido, M procede a recoger la droga que aparentemente sus amigos tiraron al suelo para no ser castigados o extorsionados por los policías.

Aquí M asume la actitud cínica que describe Gonzalo Portocarrero. No es que no sepa que procede fuera de la ley al poseer la droga. Porque lo sabe es que se oculta, pero a M no le importa la ley. Su principal temor es que lo atrapen. De igual manera, cuando la novela llega a su fin, M está en la encrucijada de participar o no en el transporte de drogas hasta el aeropuerto de Miami. Su amigo Coyote tiene un contacto que les ofrece los boletos aéreos, el costo del trámite para obtener una visa falsa para entrar a los Estados Unidos, además de veinte mil dólares a cambio de que transporten la droga.

La razón por la que Coyote alega que deben aceptar la propuesta es que si no lo hacen su vida continuará igual:

La cosa es tener huevos y dejarse de cojudeces. Plata es plata y a nosotros, que nos gustan nuestros vacilones y la buena vida, no nos va a llegar hasta que estemos viejos y destruidos de tanto trabajar en lugares infectos. ¿Cuándo te convencerás ... de que en el Perú no se hace plata si no es metiendo cabeza en el momento preciso? No soy ningún delincuente, pero tampoco le corro si por una vez me va a ligar algo bueno ... Yo tampoco tengo problemas morales, huevón, lo que no quiero es que me agarren y que éste, mi único culo, vaya a dar a una celda de Lurigancho, ¿entiendes? (185)

Es muy interesante que Coyote no se identifique como delincuente. Es de suponer que M tampoco lo hace. A pesar de esto, ambos saben que estarían cometiendo un delito, pero consideran que es casi un deber procurarse oportunidades para su bienestar, sin que importe cómo. La filosofía cínica del “todo vale” asume un rol protagónico.

El intercambio verbal entre Coyote y M me remite a la pregunta que me planteé casi al inicio de mi reflexión sobre *Al final de la calle*. ¿Es M un psicópata? Sin emitir un diagnóstico, podemos decir que si aceptamos que M y sus amigos son psicópatas, tenemos que concluir que la psicopatía ha invadido a un gran grupo de la juventud limeña. Es ciertamente más cómodo para el público explicarse las atrocidades de ciertos crímenes o delitos como el producto de las acciones de un perturbado mental. Esta posición contribuye a que, de muchas maneras, se perciba al delincuente como un caso totalmente individual. ¿Qué sucede, sin embargo, cuando aceptamos que hay responsabilidad colectiva?

Una posible lectura de *Al final de la calle* es la de sostener que la sociedad tiene una responsabilidad colectiva de la conducta de M y amigos. Sin embargo, tanto el relato periodístico de crímenes o delitos que ocurren en la vida real, como aquellos narrados en obras de ficción, hasta cierto punto proponen un mundo dividido, donde el crimen ocurre en la zona de la desviación y la perversión, que no es donde está ubicado el “nosotros” sino donde está el “otro.” Así, otra de las lecturas posibles de la novela promueve la división dicotómica del “nosotros” moralista o contestatario frente al “otro” cínico y delincuente. A pesar de la complicidad de la sociedad, M es visto como “el otro” despreciable, vil y sin remedio.

¿Es que M no tiene remedio? Lo probable es que no lo tenga mientras se mantenga la percepción dicotómica que acabo de describir. Volviendo a otra pregunta

que me planteé, ¿pertenece M a la raza de los tiburones, o es atrapado por sus fauces insaciables? Mi respuesta es, “ambos.” M es atrapado por las fauces insaciables de la corrupción, la violencia, la mentira, la frustrada meta del bienestar económico, el desempleo. La manera que M encuentra de escapar, aunque provisoriamente, de tales fauces insaciables es la de sacar las suyas propias, y arremeter – como un tiburón – con lo que encuentre para calmar su hambre de todo, que es igualmente insaciable.

El fin de la novela es un tanto ambiguo. Aunque las últimas palabras parecen sugerir que M transportará la droga a Miami, esto queda a nivel de connotación. Lo que es evidente es que “no sólo era el miedo lo que lo paralizaba” (188) cuando Coyote lo presiona a que responda si se le unirá en el camino a los Estados Unidos. M siente que está en un dilema, lo cual sugiere que mantiene cierto juicio sobre lo que se debe y no se debe hacer. Sin embargo, M “[a]largó lentamente el brazo hasta el bate encendido que le tendía Coyote y, al estirársele la casaca, se le cayó el diario y uno de sus arrugados currículums del bolsillo. Pero aunque ninguno de los dos papeles produjo mayor sonido al caer, a M le pareció que la casaca se le había alivianado considerablemente” (188). Esta acción puede representar que M, al pensar en sus infructuosas búsquedas de trabajo, al final acepta, sin aún enunciarlo, que irá con Coyote. Es la única manera en que puede “alivianar” su situación, así como se le aliviana la casaca que lleva. Esto, insisto, es puramente interpretativo. No hay ninguna palabra que afirme que M llevará la droga a Miami. La ambigüedad con que termina la novela, a nivel representativo, acentúa la ambigüedad con respecto al futuro del Perú. El país está caracterizado como un país también sin rumbo, donde si hay reglas que se deban seguir, hay muchos que no las siguen, y no hay quienes vigilen que las sigan. En otras palabras, no existe una fuerza policial ni judicial que seriamente se dedique a velar por el orden y la paz, pues los

integrantes de este grupo son parte constituyente de la falta de dirección y la ausencia de base moral del país.

*Al final de la calle* es, sin duda, un ejemplo adecuado de la narrativa urbana limeña tan productiva desde los 90 y que representa el discurso de violencia que según Víctor Vich, aún se fomenta en el Perú: “la violencia [se entiende] no sólo como una práctica armada sino también como un tipo de discurso dentro de largas tradiciones textuales – léase ideológicas – que todavía se construyen y fomentan en el Perú de muchas maneras” (76).

Oscar Malca, con sus personajes, representa a los jóvenes que viven la consecuencia del “desborde popular” que explica José Matos Mar y que adoptan la posición de enunciación cínica que describe Gonzalo Portocarrero. *Al final de la calle* invita a que se comprenda mejor el fenómeno de la delincuencia juvenil en la ciudad de Lima como otra de las manifestaciones de la sociedad devastada peruana.

En este sentido, *Al final de la calle* invita también a que sus lectores no sólo se pregunten qué tipo de sociedad está representada en la novela, sino sobre todo, qué tipo de sociedad es la peruana que puede originar este texto. Después de su lectura, los lectores quizá articulen, cuando piensen en el Perú, ya no “Machu Picchu” y ni siquiera “terrorismo,” sino más bien la palabra “malestar” como la que se asocia más con la sociedad peruana, tal como sugiere Grompone:

Quizá la palabra que acude primero para pensar en el Perú de estos días es la de malestar, un malestar generalizado de las personas con la política, con el trabajo, con las instituciones, con las exigencias a las que nos somete la vida cotidiana, con lo que tenemos y con lo que nos espera. El malestar

sigue nuestros recorridos, pero es incapaz de detenerse en ningún campo de lo que vamos observando y termina, al fin, por atraparnos, ya que desemboca en un sentimiento asociado a lo que atisbamos y no queremos o no podemos entender. (24-5)

*Al final de la calle* capta el malestar de los limeños, y en especial el de los jóvenes de una extinta clase media. Una de las manifestaciones más ostensibles de este malestar es lo que describe Grompone cuando refiere que “un grupo significativo de personas en nuestra sociedad siente que no está en condiciones de ordenar sus trayectorias de vida a lo largo de un período más o menos extendido” (26). Así como los jóvenes de la novela están “al final de la calle,” sin poder percibir un camino alternativo, la mayoría de limeños sienten que están al final de su trayecto, sin poder encontrar una vía que los libere de la presión que Lima ejerce sobre ellos.

### **Obras citadas**

Basombrío, Carlos. “Sendero Luminoso and Human Rights: A Perverse Logic that Captured the Country.” *Shining and Other Paths. War and Society in Peru, 1980-1995*, ed. Steve J. Stern. Durham and London: Duke University Press, 1998: 425-446.

Burt, Jo-Marie. “Shining Path and the ‘Decisive Battle’ in Lima’s *Barriadas*: The Case of Villa El Salvador.” *Shining and Other Paths. War and Society in Peru, 1980-1995*, ed. Steve J. Stern. Durham and London: Duke University Press, 1998: 267-306.

Grompone, Romeo. *Las nuevas reglas de juego. Transformaciones sociales, culturales y políticas en Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1999.

Lerner, Salomón. Introducción al Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. [www.cverdad.org.pe](http://www.cverdad.org.pe)

Malca, Oscar. *Al final de la calle*. Lima: Ediciones El Santo Oficio, 3era edición, 1994.

Malca, Oscar. *Al final de la calle*. Lima: Libros de Desvío, 5ta edición, 2000.

Matos Mar, José. *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005.

Peña, Saúl. *Psicoanálisis de la corrupción. Política y ética en el Perú contemporáneo*. Lima: Peisa, 2003.

Portocarrero, Gonzalo. “Moralismo, contestación y cinismo como posiciones de enunciación de los juicios morales en la juventud peruana.” *Pasiones privadas, ¿utopías públicas? Conciencia, ironía y rebeldía en la ética política de los jóvenes peruanos*, eds. Gutiérrez, Mónica, Jaris Mujica y otros. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005: 29-80.

Quintanilla, Alfredo. *A través del túnel. Crisis y cambios en la conciencia social popular urbana*. Lima: Instituto de Defensa Legal, 1997.

Reyna, Carlos. “Las subculturas de la violencia: El miedo de Lima.” *Quehacer. Revista Bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo-DESCO*, 104. Lima: noviembre-diciembre 1996: 58-62.

Rosenberg, Tina. *Children of Cain. Violence and the Violent in Latin America*. New York: Penguin, 1991.

Tong, Federico. “Los jóvenes pandilleros: solidaridades violentas sin ideologías.” *¿Nacidos para ser salvajes? Identidad y violencia juvenil en los años 90*, eds. Martínez, Maruja y Federico Tong. Lima: SUR Centro de Estudios y Acción para la Paz, 1998: 73-97.

Vich, Víctor. *El caníbal es otro. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2002.